

# LA EXPERIENCIA ESTÉTICA DE LO SUBLIME EN UN ESPACIO EXTRA-ESTÉTICO

EDUCACIÓN ESTÉTICA DEL HOMBRE Y PROYECTO POLÍTICO

Juanita Maldonado Colmenares

juanamaldonado@gmail.com

Universidad de los Andes

**Resumen:** En el presente ensayo me propongo mirar cómo, en la obra de Schiller, se plantea que el fin del arte es la exposición de lo suprasensible, esto es, de la posibilidad de la libertad humana, y se propone no sólo una educación estética del hombre en la libertad, sino también una educación para la vida política. Para ver cómo se da el paso de una educación para la libertad individual a una educación para la política, es necesario entender primero cómo logra el espectador de una tragedia reconocer su libertad por medio del placer de lo sublime para luego entender que la experiencia estética de lo sublime se logra cuando el espectador se reconoce en el otro, es decir, por medio de una experiencia intersubjetiva que, mientras lo educa en su libertad, lo prepara para la vida con otros: para la política.

**Palabras clave:** libertad, experiencia estética, educación estética, sublime, experiencia intersubjetiva, política.

**Abstract** (*Aesthetic Experience of the Sublime in an Extra-Aesthetic Space. Aesthetic Education of Man and Political Project*): In this essay I intend to examine how, in Schiller's works, the purpose of art is to represent the supersensible, i.e., the possibility of human freedom, and that he proposes not only an aesthetic education of man, but also an education of man in politics. So, to see how Schiller turns from an education in individual freedom into an education in politics, it is necessary, in the first place, to understand how the observer of a tragedy recognizes his freedom through the pleasure of the sublime. Then one can understand that the aesthetic experience of the sublime is possible only when the observer recognizes himself in the other. This means that, through an intersubjective experience that educates man in his freedom, he is being prepared for living with others, that is, for politics.

**Keywords:** freedom, aesthetic experience, aesthetic education, sublime, intersubjective experience, politics.

La belleza, bajo la figura de la diosa Calipso, ha hechizado al intrépido hijo de Ulises y, mediante el poder de sus encantos, le mantiene prolongadamente prisionero de su isla. Durante mucho tiempo cree éste rendir homenaje a una divinidad inmortal, cuando tan sólo está en los brazos del placer, pero, de repente, una impresión sublime se apodera de él bajo la figura de Mentor, recuerda entonces que está destinado a algo mejor, se lanza a los olas y es libre  
Schiller, F., "Sobre lo sublime"

En su ensayo "Sobre lo patético" de 1793, Schiller plantea que la finalidad del arte en general, y de la tragedia en particular, es hacer visible lo suprasensible, lo cual, en este caso, es la posibilidad de la libertad del hombre. Esta libertad, en este primer momento, es

considerada como la *posibilidad* de reconocer la autonomía de la racionalidad del hombre sobre la sensibilidad, manteniendo una relación de mutua necesidad entre ambas capacidades; posibilidad que se reconoce a través de la experiencia estética de lo sublime. Sin embargo, como veremos más adelante, en su ensayo “Sobre lo sublime” de 1795, Schiller muestra una posición diferente acerca de lo sublime y de la libertad que debe ser expresada por el arte trágico: ahora lo sublime será entendido como la superación absoluta del poder de la sensibilidad, y la libertad será una libertad estética<sup>1</sup> que implica un equilibrio de la racionalidad y la sensibilidad en el que ambas se reconocen como diferentes. Además de esta diferencia con respecto a su trabajo anterior, Schiller considera que la experiencia de lo sublime se sale del mero espacio estético, es decir, de la contemplación de una obra de arte trágico, y se introduce en la vida misma del hombre moderno, incluyendo su vida política. Y es esta ampliación del espacio estético y la experiencia *extra-estética* de lo sublime lo que le permite a este autor postular la educación estética del hombre que se considera también como una educación para la vida política. Me propongo mostrar, primero, esa ‘nueva’ visión<sup>2</sup> de lo sublime que se presenta en “Sobre lo sublime” y de la que parte el autor para realizar sus propuestas educativa y política; segundo, la forma en que se presenta en este mismo texto la ampliación del espacio estético que permite proponer el proyecto educativo y político.

### I. LA ‘NUEVA’ VISIÓN DE LO SUBLIME: UNA SUPERACIÓN ABSOLUTA DE LA SENSIBILIDAD QUE PERMITE UN EQUILIBRIO DE FUERZAS (LA BELLEZA IDEAL)



Como mencionaba al comienzo, es posible establecer una distinción entre la forma en que Schiller entiende lo sublime en “Sobre lo patético” y la forma en que lo hace en “Sobre lo sublime”, por lo que resulta necesario entender cómo es que lo entiende este autor en el primer texto. En la medida en que para Schiller es claro que el arte trágico debe ser una expresión sensible de lo suprasensible, esto es, de la posibilidad de la libertad del hombre, éste debe poner en escena el padecimiento del hombre y el reconocimiento de la autonomía de la razón frente a esas fuerzas naturales; en otras palabras, debe poner en escena una cierta relación entre la sensibilidad y la racionalidad del hombre. Ahora bien, esta relación que mantienen la sensibilidad y la racionalidad no es una relación en la que la razón —que es la fuerza que nos permite reconocer nuestra libertad y superioridad frente a la necesidad de la naturaleza— domina lo sensible, sino que es una relación de mutua necesidad. Esta relación se entiende en la medida en que reconocemos que “justo porque se tiene que haber llegado a esta opresión física para que busquemos ayuda en nuestra naturaleza moral, no podemos adquirir este elevado sentimiento moral sino mediante padecimiento” (Schiller 1991: 82), lo

<sup>1</sup> Con el término *libertad estética* pretendo establecer una diferencia entre la libertad que plantearía Schiller en “Sobre lo patético” y la libertad que plantea en “Sobre lo sublime”. En este último texto, el hombre no sólo reconoce la posibilidad de su libertad al reconocer la autonomía de la razón frente a la sensibilidad, como sucede en “Sobre lo patético”, sino que ahora al actuar libremente el hombre sigue lo que se le impondría como un deber. Es decir, voy a usar el término libertad estética para referirme a aquella libertad en la que el hombre escoge hacer lo que debe, lo que de otra forma se le impondría como una necesidad.

<sup>2</sup> Aunque planteo la visión de lo sublime en “Sobre lo sublime” como nueva y diferente a la visión que tenía Schiller en “Sobre lo patético”, no es del todo acertado plantearlo de esta forma. Como veremos, la visión de lo sublime en ambos textos se puede relacionar fácilmente, pero en aras de hacer clara la diferencia que existe entre ambos, recurro a mostrarla como si fuera un distinción fuerte.

que significa que es necesario el padecimiento de la sensibilidad para que la razón se pueda erigir como la fuerza autónoma y libre del hombre, pero la razón necesita asimismo de la sensibilidad porque es a través de ella que se reconoce como fuerza autónoma. Y precisamente esta relación de mutua necesidad, en la que el hombre reconoce su libertad, es la que nos proporciona en la contemplación de una obra de arte trágica el sentimiento de placer que para Schiller constituye lo sublime.

Ahora bien, en “Sobre lo sublime” se propone una forma diferente de entender lo sublime, ya que ahora lo podemos entender como un medio para alcanzar lo que llamaré la *belleza ideal*, y como un fin en sí mismo, ya que esta belleza ideal también se podrá entender como lo sublime.<sup>3</sup> Para entender cómo lo sublime se nos presenta ahora como medio para alcanzar esa libertad estética<sup>4</sup> del hombre que la tragedia debe poner en escena, y como fin, es decir como ese sentimiento de libertad estética, voy a plantear un proceso que va desde la belleza –entendida como mera *armonía* de las fuerzas del hombre–, pasa por lo sublime y termina en la belleza ideal –que también puede ser entendida como lo sublime mismo. Y en este proceso veremos que lo sublime ahora puede entenderse como la dominación absoluta de la sensibilidad por parte de la razón, y ya no como el reconocimiento de la mutua necesidad de la sensibilidad y la racionalidad.

Según Schiller, “cabe lo bello, coinciden razón y sensibilidad, y sólo por mor de esta coincidencia tiene lo bello atractivo para nosotros. [...] Cabe lo sublime, por el contrario, razón y sensibilidad *no coinciden*, y justamente en esta contradicción entre ambas reside el encanto con el que lo sublime se apodera de nuestro ánimo” (Schiller 1991: 224). Con esto se hace evidente la diferencia que existe entre esa belleza en la que la sensibilidad y la razón coinciden armónicamente y lo sublime, en el que esa coincidencia se desvanece y la razón se impone sobre la sensibilidad como su fuerza contradictoria y la domina. Precisamente, es este aspecto de lo sublime el que resalta Schiller en el texto en cuestión, es decir, para él lo sublime es el placer que sentimos al reconocer que nuestra racionalidad domina a nuestra sensibilidad en la medida en que obra bajo sus propias leyes.

Además, esa belleza por la que reconocemos esa armonía de las fuerzas de la naturaleza humana no es suficiente para este autor, ya que “lo bello es ya una expresión de la libertad, pero no de aquella libertad que nos eleva por encima del poder de la naturaleza y nos desliga de todo influjo corporal, sino de aquella de la que, en cuanto hombres, gozamos dentro de la naturaleza” (Schiller 1991: 222). Por esto es necesaria la experiencia de lo sublime, porque en lo sublime reconocemos nuestra verdadera libertad, y gracias a que vemos a nuestra racionalidad actuar en su plenitud reconocemos que ésta no se rige por las leyes de la sensibilidad sino por sus propias leyes, con las cuales domina a las fuerzas sensibles. Así, “lo sublime nos proporciona, pues, una salida del mundo sensible [...]. No es poco a poco (pues no hay tránsito alguno de la dependencia a la libertad), sino de repente y mediante una sacudida, como lo sublime arranca al espíritu autónomo de la red en la que le enredó la sensibilidad” (Schiller 1991: 226).



<sup>3</sup> Vale la pena aclarar que, con respecto a este punto, se presenta una dificultad, en la medida en que en el mismo texto de Schiller lo sublime se entiende como medio y como fin.

<sup>4</sup> Nótese también que ahora no se trata sólo de que lo sublime le permite al hombre reconocer su libertad, sino que también le permite reconocer su *libertad estética*.

De esta manera queda claro que en “Sobre lo sublime” el autor nos plantea que lo sublime es el placer que sentimos al reconocer el poder absoluto de nuestra razón, al ver que nuestra racionalidad *domina* la sensibilidad y se desliga de todo su influjo, a diferencia de lo que nos proponía en “Sobre lo patético”, en donde lo sublime era el placer que sentíamos al reconocer la libertad que nos proporciona la relación de mutua necesidad de nuestra sensibilidad y nuestra racionalidad.

Sin embargo, aunque parezca que Schiller está planteando que, de una belleza ‘ingenua’, en la que las fuerzas de la naturaleza humana coinciden en una armonía, debemos pasar a reconocer la total autonomía de la racionalidad en lo sublime, para alcanzar la libertad más elevada, lo que propone realmente es que la verdadera libertad estética sólo se alcanza en la medida en que la sensibilidad y la racionalidad se mantienen en un equilibrio en el que cada una se reconoce como absolutamente distinta de la otra. Este equilibrio de fuerzas que se mantiene a través de la diferencia es lo que anteriormente llamé la belleza ideal. Entiendo esta belleza ideal como aquel estado en el que el hombre, reconociendo la absoluta autonomía de su racionalidad debe, para no perder su naturaleza humana<sup>5</sup>, realizar voluntariamente lo que la sensibilidad le ‘ordena’. Esto quiere decir que “para no padecer violencia, no le queda [al hombre] sino *suspender totalmente una relación* que le es tan perjudicial y *anular, conforme al concepto*, una violencia que tiene que padecer conforme al hecho. Anular conforme al concepto una violencia no quiere decir otra cosa que someterse voluntariamente a la misma” (Schiller 1991: 220). Y es precisamente este sometimiento voluntario a la necesidad, el querer realizar lo que se debe, lo que considero que para Schiller produce en el hombre el sentimiento de la belleza ideal y lo que le permite reconocer su verdadera libertad *estética*. Así, queda explicado el proceso que mencionaba anteriormente, y falta ahora mostrar cómo lo sublime es medio para alcanzar lo bello ideal y cómo lo bello ideal es lo sublime entendido como fin.

Para mostrar que lo sublime es medio para alcanzar la belleza ideal, es importante entender por qué es necesario que la razón reconozca su absoluta autonomía frente a la sensibilidad, se imponga sobre ella y la domine, es decir, que la racionalidad se separe totalmente de la sensibilidad. La razón que da Schiller para justificar esta separación radical entre sensibilidad y racionalidad es que sólo “recogiendo la energía total de nuestro espíritu en un foco único, concentrando nuestro ser en una única potencia, damos alas, por decirlo así, a esa potencia única y la disponemos para franquear artificialmente las barreras que la naturaleza parecía imponerle” (Schiller 1991: 118). Esto quiere decir que es necesario que la racionalidad se separe totalmente de la sensibilidad para que pueda desarrollarse plenamente, para que pueda reconocer su absoluto poder. Asimismo, con la separación absoluta de la racionalidad y la sensibilidad, esta última puede alcanzar su máximo desarrollo, con lo cual ambas fuerzas alcanzan el máximo grado de desarrollo, estableciendo así un equilibrio en tensión en el que cada una se reconoce como diferente de la otra. Y, como habíamos dicho anteriormente, el placer de lo sublime es producido por la separación total de la racionalidad, por lo que lo sublime puede ser entendido como un medio necesario para llegar a lo bello ideal. Esto se debe a que lo sublime permite el desarrollo pleno de nuestra facultad racional al separarla

<sup>5</sup> Según Schiller la naturaleza humana está conformada por la sensibilidad y la racionalidad, por lo que olvidar una sería dejar de lado la naturaleza humana en su totalidad.

de nuestra facultad sensible, con lo cual ésta también se desarrolla y se alcanza el equilibrio propio de la belleza ideal.

Finalmente, en la medida en que alcanzamos la verdadera libertad estética a través de la belleza ideal, en la que lo sublime y lo bello se han desposado, luego de que cada una de las fuerzas humanas se ha desarrollado en plenitud (cf. Schiller 1991: 236), podemos entender esa belleza ideal (el fin del proceso) como lo sublime mismo. Esto se debe a que en lo sublime como fin reconocemos la absoluta independencia de la racionalidad (reconocida en lo sublime como medio), pero ahora, en la medida en que la sensibilidad hace parte del equilibrio propio de la belleza ideal, actuamos queriendo lo que debemos, esto quiere decir que ya no sólo actuamos libremente, sino que ahora *escogemos* actuar libremente. Por esto, esta belleza ideal se puede entender como lo sublime, porque es la que nos permite reconocer nuestra verdadera libertad estética, es decir, la que expresa lo suprasensible como tal y cumple el propósito que se le había impuesto al arte.<sup>6</sup> Así, al entender lo sublime como medio y como fin, podemos comprender más fácilmente cómo la experiencia de lo sublime educa el carácter del hombre en su libertad estética, ya que primero nos educa en la posibilidad de libertad que nos proporciona el reconocimiento de que nuestra racionalidad es autónoma frente a la sensibilidad, y luego nos eleva a la libertad estética en la que voluntariamente realizamos o nos sometemos a lo que nos impone la necesidad<sup>7</sup>.

## 2. LA AMPLIACIÓN DEL ESPACIO ESTÉTICO Y LA EXPERIENCIA ESTÉTICA DE LO SUBLIME COMO EDUCACIÓN DEL HOMBRE PARA UN ESPACIO POLÍTICO



Entre “Sobre lo sublime” y “Sobre lo patético” se puede encontrar también una diferencia con respecto al efecto que produce la obra de arte trágico en el espectador, a saber, el reconocimiento de la posibilidad de su libertad. Esto se debe a que en este último texto, Schiller sólo considera la experiencia de lo sublime en el momento de la contemplación de la obra de arte, por lo que la conciencia de la libertad sería momentánea. Pero, como lo afirma en “Sobre el uso del coro en la tragedia”:

el arte verdadero no ha puesto la mirada en un simple juego pasajero; lo que busca no es sumir al hombre en el sueño de un instante de libertad; su seriedad consiste en *hacerle* libre efectivamente y de hecho, y ello despertando, ejercitando y formando una fuerza en él que desplace el mundo sensible a una lejanía objetiva [...] una fuerza que lo transforme en una obra libre de nuestro espíritu, y que domine lo material con ideas. (Schiller 1991: 240)

Por esto el efecto del arte no puede terminar con el fin de la representación trágica, sino que debe convertirse en un efecto *extra-estético*, es decir, el hombre debe reconocer su libertad y, más aún, su libertad estética en todo momento, lo que equivale a decir que el hombre debe *ser* libre estéticamente. La justificación de la necesidad de este efecto *extra-estético* se puede

<sup>6</sup> Es importante recordar la dificultad mencionada anteriormente: lo sublime, dentro del mismo texto de Schiller, se entiende como medio y como fin, por lo que, a pesar de explicar cómo puede cumplir ambos papeles, la ambigüedad permanece.

<sup>7</sup> En este punto podríamos pensar que lo que Schiller proponer en últimas es una aceptación estoica de la necesidad y del dominio de la sensibilidad. Pero ésta no es propiamente la propuesta de Schiller, ya que no *aceptamos* el poder de la sensibilidad, sino que *escogemos* realizar voluntariamente lo que de otro modo nos impondría la necesidad de la sensibilidad.

encontrar en el hecho de que el hombre se ve enfrentado constantemente en su vida real al padecimiento de las fuerzas de la naturaleza, de su sensibilidad. Esto significa que en la medida en que el hombre se ve enfrentado a este padecimiento constantemente, debe ser educado estéticamente por medio del arte trágico para que ese efecto que tiene la tragedia sobre el espectador perdure más allá del momento de observación de la tragedia.

Ahora bien, para Schiller es claro que el hombre puede tener la experiencia de lo sublime al observar la naturaleza, ya que en la observación de la lucha de las fuerzas de la naturaleza y en el desorden de sus fenómenos, “la razón pura encuentra expuesta justo en esta desordenada falta de ligazón de la naturaleza su propia independencia de las condiciones naturales” (Schiller 1991: 230-231). Con esto, es claro que cuando el hombre ve expuesta en la naturaleza la independencia de su razón siente el placer de lo sublime, ya que éste es el placer que surge de reconocer la autonomía de la racionalidad frente a la sensibilidad. Además, para este autor, la historia misma permite tener esa experiencia de lo sublime, ya que las acciones de los hombres en la historia reflejan esa lucha entre la necesidad natural y la libertad racional. Así, dice Schiller: “considerada desde este punto de vista, y sólo desde él, la historia universal es para mí un objeto sublime. El mundo, en cuanto objeto histórico, no es en el fondo otra cosa que el resultado del conflicto entre las fuerzas naturales entre sí y la libertad del hombre, y el resultado de esta lucha nos lo refiere la historia” (Schiller 1991: 231). Por consiguiente, el hombre que tiene la experiencia de lo sublime en la observación de la naturaleza y de la historia, reconoce su libertad estética y podría ser educado en ella sin necesidad de recurrir a la contemplación de una obra de arte trágico.



Sin embargo, aunque sea posible esta experiencia estética de lo sublime frente a la naturaleza y a la historia, es claro que para Schiller el arte trágico es el que logra llevar a cabo de manera óptima esta puesta en escena de la libertad estética del hombre, por lo que el arte, y en especial la tragedia, mantendrán tres ventajas fundamentales frente a la naturaleza y la historia en esta educación estética del hombre. La primera es que el fin del arte es precisamente poner en escena la libertad estética del hombre, para que éste, al reconocerse en los otros, sienta en sí mismo esa posibilidad de libertad; mientras que el fin de la naturaleza no es éste, sino que al realizar sus propios fines logra por casualidad que el hombre reconozca su libertad y autonomía frente a la sensibilidad. Por esto, según Schiller, “el hombre, como en otros casos, también se encuentra en éste mejor servido de segunda mano que de primera, y prefiere recibir del arte una materia preparada y escogida en lugar de ir a sacarla con esfuerzo e indigencia de la fuente impura de la naturaleza” (Schiller 1991: 236). Es decir, el hombre prefiere reconocer su libertad estética a través de una obra de arte, en la medida en que ésta es expresada en la obra de arte misma, que ir a buscarla en la naturaleza que no tiene interés en exponer la libertad.

La segunda ventaja del arte, y en especial de la tragedia, es que por medio de la observación de las situaciones representadas en ésta nos educamos en nuestra libertad estética hasta el punto de que cuando nos vemos enfrentados en la vida real a una situación similar, podemos tratarla de la misma forma en que lo hacemos en la observación de la tragedia. Schiller expone esta idea claramente cuando dice: “al final, incluso cuando la desgracia imaginaria y artificial se convierta en una desgracia seria, será capaz [el hombre] de tratarla como artificial y —oh, empuje supremo de la naturaleza humana!— de convertir el padecimiento real en una

emoción sublime” (Schiller 1991: 234), lo que significa simplemente que el arte nos prepara para enfrentar el padecimiento real en nuestra vida. Y es esto —a saber: que la libertad estética que reconocemos al observar una obra de arte trágico se mantiene en nosotros haciéndonos verdaderamente libres— lo que se considera el efecto *extra-estético* de la tragedia, en la medida en que no sólo nos permite tener la experiencia estética de lo sublime en la que reconocemos nuestra libertad estética, sino que nos educa y nos hace libres *realmente* para que podamos llevar a cabo la libertad estética en nuestra vida. De ahí la importancia educativa que tiene el arte para Schiller, ya que no es una educación que termina una vez finaliza la tragedia, sino que tiene el propósito de ir más allá de la representación trágica.

Finalmente, la tercera ventaja que tiene el arte es que no sólo nos prepara para la vida individual, para superar el padecimiento individual y poder reconocer en este padecimiento real nuestra libertad estética, sino que también nos educa para un espacio político. Antes de mirar cómo puede educarnos el arte y, en especial, la tragedia, para un espacio político, vale la pena mencionar que este paso que da Schiller de la educación estética para la vida individual a la educación estética para la política no es del todo claro en sus textos y muchas veces da la sensación —sobre todo en las *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795)—, que Schiller supone que es evidente la manera en que la educación estética para la libertad se convierte en una educación para un actuar político, para un actuar *con otros*. Sin embargo, voy a plantear lo que creo sería la razón por la cual la tragedia nos educa políticamente. Teniendo en cuenta que lo que vemos representado en la tragedia son acciones humanas que ponen en escena la libertad estética del hombre, y que el espectador de la tragedia siente compasión por el padecimiento de los otros —en la medida en que reconoce que él mismo puede ser uno de esos otros que padecen, ya que “únicamente el sufrimiento de seres sensibles y morales *como somos nosotros mismos*, puede despertar nuestra compasión” (Schiller 1991: 170)—, la educación estética en la libertad estética presupone una relación *intersubjetiva*. Es decir, antes de que el hombre sea educado estéticamente tiene que tener esa experiencia intersubjetiva de compadecerse del padecimiento de otros, de reconocerse *en otros*. Y por esto, la tragedia nos educa para la política, para las relaciones con otros: porque nos pone en relación con otros mientras nos educa en la libertad estética<sup>8</sup>.

Por lo tanto, es claro que el arte tiene un efecto estético en el espectador, en la medida en que a través de la experiencia estética de lo sublime lo educa en su libertad estética, y este efecto puede ser considerado como un efecto extra-estético en la medida en que esa educación en la libertad estética debe sobrepasar el momento de la contemplación de la obra de arte y servirle al hombre como educación para su vida individual y política. Finalmente vemos cómo para Schiller la experiencia estética caracterizada por la experiencia del placer de lo sublime le permite al hombre reconocer, primero, la posibilidad de su libertad en la medida en que lo lleva a reconocer la autonomía e independencia de su racionalidad; segundo, su libertad estética, es decir que le permite al hombre reconocer que es libre estéticamente y que, por tanto, actúa escogiendo hacer lo que debe. Asimismo, vemos que esta educación estética del hombre debe trascender el mero espacio estético y lograr un efecto extra-estético, y de este



<sup>8</sup> En este punto es importante mencionar la dificultad del argumento planteado, en la medida en que en los mismos textos de Schiller no es claro cómo se da ese paso de una educación estética en la libertad a una educación estética para la política. Para mirar con más claridad este argumento sería necesario considerar el problema del reconocimiento, pero, por motivo de espacio, no lo hago en este trabajo.

modo sentar las bases para emprender una educación política: para la vida con otros, en la medida en que la educación en la libertad estética se da por medio de una relación intersubjetiva entre el héroe trágico y el espectador, en la cual es espectador logra reconocerse en el otro, esto es, en el héroe.

## BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, M.

(2005) “Filosofía y tragedia: la visión trágica del mundo en la teoría sobre lo sublime de Friedrich Schiller”. <http://www.filosofiytragedia.com/textos/caracas.html>

BARNOUW, J.

(1980) “The morality of the sublime: Kant and Schiller”. En: *Studies in Romanticism*. 19:4

BEISER, F.

(2005) *Schiller as Philosopher*. New York: Oxford University Press.

INNERARITY, D.

(1991) “Las disonancias de la libertad: destino, tragedia e historia universal en Hegel”. (I) (II) *Anuario filosófico*. 23:2



SCHILLER, F.

(1963) “Del arte trágico”. En: *Poesía ingenua y poesía sentimental* (trad. Walter Liebling). Buenos Aires: Editorial Nova.

(1970) *Los bandidos* (trad. María José Callejo). Santiago de Chile: Ercilla.

(1989) *Sobre la gracia y la dignidad* (trads. Juan Probst & Raimundo Lida). Barcelona: Icaria.

(1991) “Sobre lo patético”. En: *Escritos sobre estética* (trad. Manuel García Morente). Madrid: Tecnos.

(1991) “Sobre la educación estética del hombre”. En: *Escritos sobre estética* (trad. Manuel García Morente). Madrid: Tecnos.

(1991) “Sobre lo sublime”. En: *Escritos sobre estética* (trad. Manuel García Morente). Madrid: Tecnos.

(1991) “Sobre el uso del coro en la tragedia”. En: *Escritos sobre estética* (trad. Manuel García Morente). Madrid: Tecnos.